

JOSEPH PÉREZ

ANDALUCÍA
VERDADES Y LEYENDAS

Traducción
Rafael G. Peinado Santaella
y Pablo H. Zapata Cano

GRANADA
2021

COLECCIÓN HISTORIA

Director: Rafael G. Peinado Santaella (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

Consejo Asesor: Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); John H. Elliott (*Regius Professor* de Historia Moderna de la Universidad de Oxford); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Philippe Sénac (*Professeur Émerite* de Historia Medieval de la Universidad de la Sorbona); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).

Título original: *Andalousie: vérités et légendes.*

Publicado por Tallendier en 2018

- © TALLENDIER.
- © DE LA TRADUCCIÓN: RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA y PAGLO H. ZAPATA CANO.
- © UNIVERSIDAD DE GRANADA.
ISBN: 978-84-338-6785-8.
Depósito legal: GR/82-2021.
Edita: Editorial Universidad de Granada y
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Maquetación: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico.
Imprime: Gráficas La Madraza, S.L. Albolote. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CONTENIDO

NOTA PRELIMINAR	9
DE LA BÉTICA A ANDALUCÍA.....	11
I. GRANADA	21
El orientalismo de los románticos	21
La maurofilia	35
II. SEVILLA	49
La corrida.....	55
Los gitanos.....	65
El flamenco.....	71
La España de Carmen.....	77
<i>Spain is different</i>	97
III. CÓRDOBA	109
¿Islamización de España o hispanización del islam?	110
¿Una España de las tres religiones?.....	117
¿Una España de las tres culturas?	127
<i>La aportación de al-Andalus al Occidente cristiano</i>	129
<i>El mestizaje cultural en la España cristiana</i>	139
España y el islam después de 1492	143
El problema de los moriscos	148
<i>Un conflicto de civilizaciones</i>	160
<i>El mercado laboral</i>	163

<i>¿Una amenaza a la seguridad del Estado?</i>	165
<i>La expulsión</i>	166
Al-Andalus, mito y realidad.....	174
ANDALUCÍA EN LA ACTUALIDAD.....	183
BIBLIOGRAFÍA	191

NOTA PRELIMINAR

CON profunda emoción escribo estas breves y sentidas líneas para dejar testimonio del pesar institucional de la Editorial Universidad de Granada (EUG) y del mío personal por el reciente fallecimiento de Joseph Pérez, maestro y amigo, que sí tuvo tiempo de saber que el que iba a ser su último libro se traduciría al español. Sin embargo, Pablo H. Zapata Cano y yo mismo, como traductores de esta hermosa obra —rebosante de sabiduría e inteligencia historiográficas—, nunca pudimos imaginar que no llegaría a conocer su versión española ni podría corregirla, como generosamente hizo en las otras dos ocasiones que me cupo el inmenso honor y el placer intelectual de contribuir al conocimiento de dos de sus libros entre las lectoras y los lectores de lengua española, el segundo de los cuales además tuvo a bien preparar expresamente, como recopilación de trabajos dispersos, para la EUG.

La colección HISTORIA, de cuyo Consejo Asesor Joseph Pérez ha formado parte desde su creación, pierde a uno de sus más ilustres componentes. Pero su recuerdo permanecerá indeleblemente asociado a ella, como también perdurará el de James Casey —otro de sus prestigiosos componentes y doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada—, que asimismo acaba de dejarnos cuando corregía esta breve nota. Gracias a los dos.

Rafael G. PEINADO SANTAELLA
Director de la colección HISTORIA

DE LA BÉTICA A ANDALUCÍA

CHATEAUBRIAND puso de moda la Alhambra, pero, al menos desde el siglo xv, los españoles quedaron fascinados por la Granada de los últimos emires. No fue Mérimée quien creó la España de *Carmen*; se limitó a extraer de ella una noticia que Georges Bizet musicó, pero esa España —la España de los majos, los gitanos, los toreros— nació en la segunda mitad del siglo xviii. Aún eran los españoles quienes imaginaban una España musulmana tolerante y abierta. Los hispanistas y los viajeros extranjeros desarrollaron estos temas; a veces los caricaturizaron, pero no los inventaron. Desde el siglo xv hasta la actualidad, se creó una España meridional más oriental que europea: la Andalucía tal como creemos conocerla hoy.

Para los griegos, la península ibérica era la tierra de los íberos. Los romanos la llamaron *Hispania*¹. Los cartagineses se establecieron allí en el siglo iv a. e. c. Los romanos la conquistaron en el 205 a. e. c. Cuando Augusto la incorporó a su imperio, la dividió en tres provincias. Una de ellas era la Bética, es decir, el valle del Betis —el actual Guadalquivir²— que ocupaba toda la región meri-

1. La palabra puede ser de origen fenicio; se ha propuesto traducirla como «tierra de conejos»: la abundancia de estos animales había sorprendido a los viajeros.

2. Las otras dos fueron la *Hispania citerior* o Tarraconense (valle del Ebro, Cataluña y Cartagena) y la Lusitania (valle del Tajo y oeste de la península).

dional entre el Guadiana y el Mediterráneo. En el siglo v e. c. fue tomada por los vándalos que permanecieron en ella durante unos años antes de pasar a África. Los árabes iniciaron la conquista de la península por esta provincia y la convirtieron en el centro de su dominación hasta que, en el siglo XIII, Fernando III de Castilla conquistó sucesivamente los reinos de Córdoba (1236), Jaén (1246) y Sevilla (1248). Doscientos cincuenta años después, los Reyes Católicos terminaron la reconquista ocupando Granada (1492).

Los conquistadores árabes no conservaron el término *Hispania*, que no tenía ningún significado para ellos; lo tradujeron como *al-Andalus*, palabra que aparece en un texto bilingüe de 716 como traducción del latín *Spania*. En la Edad Media, las crónicas latinas siguieron utilizando *Hispania* para designar al conjunto de la península ibérica; los textos árabes, en cambio, utilizaron *al-Andalus* para referirse a la España musulmana, independientemente de su extensión geográfica. La expresión no se aplicaba por tanto solo a lo que en la actualidad llamamos Andalucía.

Durante mucho tiempo se pensó que la palabra Andalucía se remontaba al siglo v; habría sido dada a la región por los vándalos que la ocuparon desde el 409 al 429³, pero cabe preguntarse por qué los árabes, que llegaron en el siglo VIII, habrían recuperado un nombre que se había usado trescientos años antes y luego caído en el olvido. El arabista español Joaquín Vallvé propuso ver en Andalucía la tierra de los Atlantes, el límite occidental del mundo conocido⁴. Otra hipótesis, sugerida en 1989 por el historiador alemán Heinz Halm, tendería a considerar el término árabe *al-Andalus* como la distorsión de una expresión visigoda que designaría la península ibérica como un reino en el que las tierras se asignaron mediante sorteo⁵.

3. Es la etimología más utilizada por los autores españoles del Antiguo Régimen: Pedro de Medina (*Grandezas y cosas memorables de España...*, 1548), Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) y también por los primeros arabistas de la época moderna: Reinhart Dozy (1820-1883), Évariste Lévi-Provençal (1894-1956), entre otros.

4. Luis Suárez Fernández, «Hispania: los fundamentos de la nación española», en *Real Academia de la Historia, España como nación*, Madrid, 2000, p. 23.

5. Cf. Marianne Barrucand y Achim Bednorz, *Architecture maure en Andalousie*, París, 1992.

Durante siglos, se designaron con el nombre de Andalucía a los tres reinos que fueron anexionados a la Corona de Castilla en el siglo XIII: Córdoba, Jaén y Sevilla. En el siglo XVIII, se tomó la costumbre de añadirle el reino de Granada. Esta expresión geográfica solo comenzó a convertirse en una realidad administrativa en el siglo XIX. El 30 de noviembre de 1833, dos meses después de la muerte de Fernando VII, bajo el ministerio de transición de Cea Bermúdez, sin consultar a las Cortes ni a los Consejos ni siquiera a los ministros, un alto funcionario, Javier de Burgos, emitió un decreto que dividía a España en cuarenta y nueve provincias. Fue una revolución constitucional⁶, pero lo que es admirable es que nadie ha pensado en ponerla en duda desde 1833; la división en provincias ha permanecido inalterada a pesar de todos los cambios de régimen⁷. Los cuatro antiguos reinos —Córdoba, Jaén, Sevilla y Granada—, agrupados bajo el nombre de Andalucía, se dividieron entonces en ocho provincias. Así tomó cuerpo una realidad administrativa, y no ya meramente geográfica⁸. Esta realidad administrativa, aún poco consolidada, adquirió consistencia política con la Constitución de 1873, que transformó a la «nación española» en una República federal compuesta por diecisiete Estados; las ocho provincias de Andalucía formaban dos de estos Estados: la Baja Andalucía —las provincias de Huelva, Sevilla, Córdoba y Cádiz— y la Alta Andalucía —las provincias de Jaén, Granada, Almería y Málaga—, una división que tiene en cuenta las diferencias entre lo que también se conoce como Andalucía Occidental y Andalucía Oriental; ninguna ciudad, de hecho, se impuso como metrópoli regional; con diferentes títulos, Sevilla y Granada representan variedades significativas de una realidad andaluza que parece más compleja de lo que sugiere la terminología oficial. De ahí procede

6. Navarra, por ejemplo, pasó de la noche a la mañana de ser un reino autónomo a una provincia de un Estado centralizado.

7. El único cambio se refiere a las islas Canarias, primero unidas en una sola provincia y luego divididas en dos: Tenerife y Gran Canaria.

8. Antonio Domínguez Ortiz, «Andalucía en la Edad Moderna», en *Revista de Estudios Regionales*, III (1981).

el aprieto de los historiadores cuando se les pide que definan cómo hay que entender Andalucía⁹.

A pesar de su fracaso, la Constitución federal de 1873 no dejó de inspirar planes de futuro político. Andalucía no tenía ningún precedente histórico que invocar en apoyo de una reivindicación de autonomía. Fueron las estructuras económicas y sociales las que estuvieron en el origen de este movimiento: la gran propiedad, las minas explotadas por el capitalismo extranjero, el fracaso de una industrialización que podría haber proporcionado trabajo y medios de existencia a una población excedentaria permiten comprender los proyectos de Blas Infante (1885-1936), quien, a partir de 1910, se interesó por las cuestiones políticas y socioeconómicas de la región. En su *Teoría de Andalucía* (1915), sugirió la creación de una región autónoma donde los pequeños propietarios pudieran hacer frente a los grandes y donde los municipios pudieran actuar como contrapeso a los caciques¹⁰. En este sentido se celebraron reuniones en Ronda (1918), Córdoba (1919)... Blas Infante retomó la idea de una España federal en la que Andalucía pudiera acceder a la autonomía. Propuso dotar a la nueva región de una bandera, verde y blanca —verde como imaginó que era la bandera de los califas omeyas, blanca como la de los almohades—, escudo similar al de la ciudad de Cádiz —Hércules entre dos columnas, rodeado de dos leones— y un himno inspirado en antiguas melodías religiosas que los campesinos tarareaban al volver del trabajo. Esas propuestas fueron el origen del anteproyecto del Estatuto de Autonomía que Andalucía elaboró en el marco de la nueva Constitución republicana

9. «No se ha hecho aún ni una buena historia de Andalucía ni siquiera, que yo sepa, la historia de la palabra que la designa», dijo no hace mucho el mejor conocedor de la cuestión, Antonio Domínguez Ortiz (*La identidad de Andalucía*).

10. Con el nombre de «caciques», se designa a aquellos que en Francia, en el momento de las elecciones de distrito y de las «charcas estancadas», se les llamaba notables, hombres que por su riqueza o por su profesión —notarios, médicos, veterinarios...— gozaban de una gran influencia sobre la población; intermediario entre poderes públicos distantes y una masa a menudo analfabeta, el cacique prestaba servicios, pero también podía aplastar a quienes se les oponían, indisciplinados, líderes o subversivos; su papel era determinante en el momento de las elecciones. Cf. José Varela Ortega, *Los amigos políticos*, Madrid, 2001.

en 1933. El levantamiento de Franco interrumpió aquel proceso. Blas Infante fue arrestado por los rebeldes el 2 de agosto de 1936 y fusilado ocho días después¹¹.

Tras la muerte de Franco, la Constitución de 1978, sin referirse explícitamente a un régimen federal —la experiencia de 1873 dejó un mal recuerdo— debe su originalidad al lugar que concede a las autonomías regionales¹². A pesar de las diferencias que ya se habían manifestado con anterioridad¹³, Andalucía vio confirmada su unidad territorial, aunque no era evidente; se perdió de vista la originalidad del antiguo reino de Granada. Andalucía fue incluso promovida al rango de comunidad histórica, con el mismo título que aquellas a las que se les había concedido un estatuto de pre-autonomía, como el País Vasco, Cataluña y Galicia, a las cuales se asimilaron Navarra, Canarias y el País Valenciano; estas son las llamadas comunidades de vía rápida. Andalucía se convirtió así en una de las diecisiete comunidades autónomas que componen España y adoptó los símbolos —bandera, escudo e himno— sugeridos por Blas Infante, a quien el Parlamento de Andalucía proclamó, el 13 de abril de 1983, «padre de la patria andaluza».

11. Según algunas fuentes, Blas Infante se convirtió al islam el 15 de septiembre de 1924 en una pequeña mezquita de Marruecos y tomó el nombre de Ahmad.

12. «La Constitución (...) reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas» (artículo 2). Ortega y Gasset fue el precursor del Estado de las Autonomías. En algunos artículos publicados en 1927 y 1928 —reunidos en un volumen bajo el título *La redención de las provincias*— sugirió dividir España en diez regiones: Galicia, Asturias, Castilla la Vieja, la región vasco-navarra, Aragón, Cataluña, Levante, Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva. Esta división parece más acorde con las realidades históricas, geográficas y económicas que la actual.

13. En la Asamblea de Córdoba, en enero de 1933, el anteproyecto del Estatuto de Autonomía fue aprobado por la mayoría de los delegados de Córdoba y Sevilla, que representaban el 70 por ciento de los presentes. Asambleas distintas, que reunieron a delegados de Granada, Jaén y Almería, habían preparado un anteproyecto de federación de Andalucía Oriental y también contaron con el apoyo de Huelva, que deseaba vincularse a Extremadura. Cuando los delegados de Sevilla y Córdoba presentaron su anteproyecto, los «orientales» abandonaron la sesión: el texto fue aprobado sin la participación de los representantes de Jaén, Almería y Granada y con la abstención de los de Málaga.

La unidad administrativa y política de Andalucía es, pues, reciente. Su personalidad cultural no lo es menos, ya que data de la segunda mitad del siglo XVIII. Se debe a los hombres que rechazaron la modernización de España deseada por los ministros ilustrados de Carlos III. A las ideas que consideraban importadas del extranjero, opusieron lo que llamaban la tradición, es decir, la idea de una España poco dotada para las actividades económicas y el trabajo manual, y aficionada a la fiesta, la pasión y la espontaneidad... Muchos españoles y en su estela viajeros extranjeros e hispanistas aceptaron casi sin discusión estos lugares comunes que, desde finales del siglo XVIII, parecían característicos de una región: Andalucía¹⁴. En el siglo XIX, Andalucía estaba de moda. Hasta entonces, era Aragón la provincia representativa de España con su traje tradicional —los pantalones abullonados, el cinturón de franela ancha, la bufanda o la boina...— y sus bailes: el fandango, la jota. Incluso en los *Episodios nacionales*, Pérez Galdós seguía siendo fiel a este modelo: el español típico era originario de Aragón, de la Rioja o del País Vasco. Pero cada vez más, sin embargo, fue Andalucía la que marcó la pauta con su sol, su cielo azul, sus patios sombreados, su cante jondo, su sombrero de fieltro, sus corridas de toros, sus devociones: procesiones de Semana Santa, culto de la Virgen de la Macarena, romería del Rocío¹⁵... A lo largo del siglo XIX —escribió Ortega y Gasset— España se identificó con Andalucía. Las cosas solo empezaron a cambiar en el siglo XX, cuando la casa vasca sustituyó a la terraza andaluza, cuando la boina reemplazó al sombrero cordobés, cuando las playas de Santander y San Sebastián eran los lugares de vacaciones favoritos de las clases ricas, cuando a la gente le gustaba ahora pasear por las Ramblas de Barcelona, cuando ya no admiraban la ociosidad andaluza, cuando, por el contrario, se sentía orgullo de la industria catalana o vasca¹⁶.

14. Enrique Baltanás, *La materia de Andalucía, El «ciclo andaluz» en las letras de los siglos XIX y XX*, Sevilla, 2004.

15. Cf. José Álvarez Junco, «De la leyenda negra a la leyenda romántica», en M.ª José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (eds.), *La sombra de la leyenda negra*, Madrid, 2016.

16. José Ortega y Gasset, *Teoría de Andalucía*.

«He visto toda Andalucía», cantaba Rina Ketty en 1938¹⁷. No, no toda Andalucía, solo una parte, la parte que, desde el siglo XVIII, se consideraba representativa de toda ella¹⁸: Granada, Córdoba, Sevilla. Granada o el encanto de la España musulmana, ensombrecida por el drama de los Abencerrajes; Córdoba, sede del califato, capital de esa España de las tres religiones, donde el islam, el judaísmo y el cristianismo habrían convivido hasta que el fanatismo de los Reyes Católicos acabara con ello; la estatua del pensador judío Maimónides frente a la mezquita recuerda hoy aquella edad de oro; Sevilla, por último, la patria de Carmen, la ciudad de los gitanos, del flamenco y de los toros. Son estas tres ciudades —estas tres Andalucías— las que Federico García Lorca retrató en los tres *romances históricos* de su *Romancero gitano* (1928), simbolizados por los tres arcángeles: la melancólica Granada bajo la protección de san Miguel, la exuberante Córdoba bajo la protección de san Rafael¹⁹, y la sensual Sevilla vigilada por san Gabriel.

A esta geografía mítica le faltaba un elemento: Cádiz. Ausencia significativa. La Andalucía de los románticos, de los viajeros y de los turistas era más africana —o al menos oriental— que europea; tenía encanto porque se la veía extraña. Cádiz, por el contrario, era una ciudad moderna y cosmopolita; era el centro del comercio internacional; sus comerciantes mantenían relaciones con los círculos de negocios europeos; los extranjeros se sentían en ella como en casa; el desarrollo urbanístico fue sorprendente: catedral flamante, casas particulares y comerciales modernas; tenía librerías, periódicos e intercambio de ideas. Alcalá Galiano, que nació en ella, recuerda su llegada a Madrid en 1808, cuando sólo tenía diez años. ¡Qué decepción! Había dejado una ciudad bien construida, agradable, donde había afición por las cosas del espíritu; a su lado, Madrid le parecía una ciudad sucia,

17. *Sombreros y mantillas*.

18. «La imagen de la Andalucía romántica estaba ya enteramente formada hacia 1800» (Antonio Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Madrid, 1976, p. 215).

19. El poema *San Rafael* en sí mismo está compuesto por dos elementos (*Un solo pez en el agua; Dos Córdoba de hermosura*): la Córdoba romana, capital de la Bética, y la Córdoba árabe, sede del califato.

mediocre y vulgar²⁰. Los viajeros extranjeros confirmaron este punto de vista. En 1706, el padre Labat decía de Cádiz que era «una ciudad de comercio y una morada de comerciantes más que de nobleza y de gente de letras»²¹. A finales del siglo xx, el diplomático francés Jean-François Bourgoing hizo observaciones similares: las calles eran hermosas, pavimentadas y «constantemente purgadas de sus inmundicias». En 1849, en la *Revue des Deux Mondes*, Alexis de Valon observó que «Cádiz no tiene el carácter del país (...); la población solo tiene de español el vestido; la ciudad misma, tan blanca, tan limpia, tan regular, no tiene el aspecto característico de las ciudades andaluzas»; en una palabra, Cádiz no parecía estar en España, sino en Europa²². Antoine de Latour fue en la misma dirección: «Cádiz es la Burdeos de España. En Cádiz, como en Burdeos, los hombres tienen elegancia y cultura espiritual». «La ciudad —leemos por último en la guía Baedeker *Espagne & Portugal* de 1900— se distingue por su elegancia y limpieza». En 1810, Cádiz fue la sede de las Cortes; allí se redactó la nueva Constitución de España, obra de los que en adelante se llamaron liberales²³. ¿Fue debido al azar? Cádiz parecía predestinada a convertirse en el símbolo de la España moderna; no tenía cabida en una Andalucía mítica²⁴.

20. Cf. el primer capítulo de sus *Recuerdos de un anciano*.

21. *Voyages en Espagne e Italie*, 1730; n. d. t.: traducción española José García Mercadal: *Viaje por Andalucía: en los años 1705 y 1706*, Sevilla, 2007, p. 95.

22. «Cádiz, en mi opinión, no es una ciudad española» («Andalucía a vuelo de pájaro», *Revue des Deux Mondes*, 1849).

23. La palabra liberal apareció por primera vez en Cádiz en 1811, con el significado que le damos hoy, para referirse no a una doctrina económica —dejar hacer, dejar pasar— ni siquiera a un partido político específico, sino a una actitud: el apego a las libertades públicas como antídoto al despotismo. Desde España, el adjetivo liberal y el sustantivo liberalismo se utilizan ahora en Europa y están enriqueciendo el vocabulario de la ciencia política, como otros nacidos en la misma época o un poco más tarde: *camarilla*, *pronunciamento*.

24. Cádiz, sin embargo, ocupa el primer plano en la opereta *La Belle de Cadiz* de Francis López, estrenada en París el 19 de diciembre de 1945, con Luis Mariano en el papel principal; representa las frustradas aventuras amorosas de dos gitanos, pero la ciudad de Cádiz está prácticamente ausente del escenario; en principio, debía desarrollarse en Hungría y la opereta titularse *La Belle de Budapest*; fue Francis López quien se habría decidido por España.

I

GRANADA

EL ORIENTALISMO DE LOS ROMÁNTICOS

SON incontables las salas de espectáculo que en Francia llevan el nombre de la Alhambra¹. Chateaubriand no estuvo quizás en el origen de este entusiasmo, pero contribuyó mucho a ello. Su novela *Les Aventures du dernier Abencérage*, publicada en 1826, fue un gran éxito². A su regreso de Jerusalén en abril de 1807, el escritor desembarcó en Cádiz. Inmediatamente fue a Córdoba a visitar la mezquita, luego a Granada y a la Alhambra³. La novela

1. La moda comenzó muy pronto. En *Rojo y Negro* (1830) de Stendhal, Mlle de La Mole invita a Julián Sorel a acompañarla al baile del duque de Retz. Julián quedó deslumbrado por la suntuosidad del hotel: «El decorado de este segundo salón representaba la Alhambra de Granada» (capítulo 8 del segundo libro). En *La Educación sentimental* de Flaubert, cuya acción tiene lugar hacia 1840, se menciona la Alhambra, «un baile público, abierto recientemente en lo alto de los Campos Eliseos, y que se arruinó desde la segunda temporada por un lujo prematuro en ese género de establecimientos. — Parece que allí se divierte uno (...). Dos galerías árabes se extendían a derecha e izquierda, paralelamente».

2. *N. d. t.*: traducción española de Mariano José Sicilia: *Las aventuras del último Abencerraje*, Barcelona, 1833. Actualmente es muy accesible en formato digital.

3. «De Cádiz pasé á Córdoba, y admiré la mezquita, que es hoy la catedral de aquella ciudad. Recorrí la antigua Bética, donde los poetas colocaron la felicidad. Luego subí hasta Andújar, y volví atrás para ver á Granada, en donde visité la Alhambra, que me pareció digna de ser observada, aun despues de haber visto los templos de la Grecia. La vega de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta: no es estraño que los moros lloren

comienza con la evocación de la colina —el Suspiro del Moro— donde Boabdil se detuvo en su camino al exilio. Desde allí, el último emir contempla por última vez Granada y su Vega; comienza a llorar y su madre Aixa pronuncia la famosa frase: «Llora, llora como mujer, pues que no has sabido defender tu reino como hombre... ¡Al África!...». Veinticuatro años después, Aben-Hamet —el último sobreviviente de los Abencerrajes masacrados durante las guerras de clanes que ensangrentaron la ciudad en los últimos años del emirato— regresa de incógnito a su ciudad natal. Allí conoce a Blanca, una joven aristócrata cristiana, descendiente de El Cid. Sus amores se frustran y provocan duelos entre el moro y el hermano y el prometido cristianos de la hermosa mujer; todos los héroes —moros y cristianos— comulgan en el culto del honor. Aben-Hamet se ve finalmente obligado a abandonar la partida y a regresar al exilio en Túnez.

Hablando con propiedad, la Alhambra es una de las dos colinas sobre las que está construida Granada⁴; en ella se encontraba la residencia de los emires —*domus regia*—, edificada en el siglo xiv. Era una ciudad más que un palacio⁵; en ella podían alojarse cuarenta mil hombres; estaba defendida por treinta torres. Los nazaries construyeron en sus proximidades un palacio de verano, el Generalife. En la segunda colina, separada de la primera por un río, el Darro, se encontraba la ciudad árabe, el Albaicín. En la época en que Chateaubriand la visitó, la Alhambra era una ruina⁶. Mme de

aun la pérdida de semejante país (*Itinerario de París a Jerusalén y de Jerusalén a París, por el vizconde de Chateaubriand*, nueva edición española, Madrid, 1850, tomo II, p. 187).

4. «*Colles binos altos et quasi montes amplectitur (...). Alterius autem collis regio nomen habet Alhambra*», escribió Lucio Marineo Siculo a principios del siglo xvi (*De rebus Hispaniae memorialibus*, lib. II); *n. d. t.*: «Es abrazada con dos collados altos, y casi como montes (...). La región de uno de ellos se llama Alhambra» (Jesús Luque Moreno, *Granada en el siglo xvi. Testimonios de una época*, Granada, 2013, p. 379).

5. *Quae quidem civitas potius quam domus est appellanda; n. d. t.*: «La cual, ciertamente, se puede llamar antes ciudad que casa» (Jesús Luque Moreno, *Granada...*, *op. cit.*, p. 379).

6. Unos quince años más tarde, Prosper Mérimée no dice más que esto: «Pasado mañana cenaré con un noble y agradable granadino en medio de ruinas venerables», escribió, el 8 de octubre de 1830, a Sophie Duvaucel (Jean Canavaggio, *Les Espagnes de Mérimée*, Madrid, 2016, p. 219). *N. d. t.*: cf. Prosper Mérimée, *Cartas de España*, traducción de Aguirre

Brinckmann, que la visitó en 1849-1850, fue una de las pocas personas que se indignó por ello: «Pero como también a mí, te dolerá una cosa: el poco cuidado empleado para la conservación de la Alhambra. A cualquiera que tenga el gusto por las artes y por la historia debe encogersele el corazón al ver el estado de abandono en el que se encuentra, al ver estas deliciosas paredes y sus encajes hundirse por todos los sitios, a estos ligeros arcos doblarse bajo el peso del abominable techo del que te he hablado. Y, no lo creerás, el portero comercia con los extranjeros con trozos de estuco que se resquebrajan y se levantan del muro»⁷. Los españoles detestaban lo que les recordaba el pasado musulmán, tanto los monumentos como la religión y las costumbres; su preocupación era restablecer lazos con Roma. La Alhambra había sido una excepción durante casi un siglo. Los Reyes Católicos quisieron conservarla tal como estaba. En 1515, su hija Juana la Loca previó los créditos necesarios para su mantenimiento. Ello no impidió que Carlos V construyera un palacio neoclásico en 1526. Sin embargo, en general, la voluntad de los reyes había sido respetada gracias a los condes de Tendilla que, desde 1492, ocupaban el cargo de capitanes generales de Granada y, por esa razón, hicieron de la Alhambra su residencia. Como todos los mendocinos, los condes de Tendilla fueron sensibles al fasto de la antigua aristocracia morisca de Granada. Felipe II desconfiaba de los grandes señores; los Mendoza cayeron en desgracia y tuvieron que abandonar la Alhambra, que, de golpe, dejó de mantenerse. En 1752, el palacio se utilizó durante algún tiempo como hospicio para los inválidos de guerra⁸, luego fue abandonado a los marginados:

de Cárcer, Marie-Christine del Castillo, Antonio Giménez, Ramón Ibáñez y Pedro Vances, prólogo de Hippolyte Taine y Maurice Levaillant, Sevilla, 2005, p. 54.

7. *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850, de Mme de Brinckmann, née Dupont-Delporte*, París, 1852, p. 233; *n. d. t.*: traducción española de M.ª Luisa Burguera Nadal: *Josephine de Brinckmann, Paseos por España (1849 y 1850)*, Madrid, 2001, p. 278.

8. Quedaban algunos hacia 1835, según Édouard Magnien: «En la actualidad, la guarnición se limita a un puesto de inválidos abatidos y andrajosos, encargados de vigilar unas torres convertidas en prisiones del Estado. ¡Oh nulidad! ¡Oh burla! Tales son los sucesores de los terribles Zegríes y de los valientes Abencerrajes» (Édouard Magnien, *Excursions en Espagne*, París, editor, 1838, p. 40).

gitanos, contrabandistas, malandrines, vagabundos. Se había convertido en una casa sin dueño donde la gente iba a pasar la noche, a calentarse, a coger madera y materiales de construcción⁹. Las autoridades dejaron que ocurriera. Compartían el punto de vista de las élites ilustradas de la época; convencidos de la superioridad del arte clásico, solo tenían desprecio por el estilo hispanomusulmán en general y por la Alhambra en particular¹⁰. Durante la ocupación francesa, en 1808-1813, se habrían hecho esfuerzos para preservar el monumento¹¹, y luego se reanudaron los viejos hábitos. A los turistas que buscaban antigüedades se les vendían trozos de estuco arrancados de las paredes, azulejos, puertas, cerraduras de las ventanas, vigas talladas, y arcos de las puertas¹²... Las mismas personas

9. Magnien denunció ese abandono: «En cuanto a las otras partes del edificio, cuando una de ellas alcanza un estado de deterioro irreparable, es inmediatamente invadida por alguna familia de mendigos, que se convierten en sus inquilinos en gran detrimento de los búhos y murciélagos, y que cuelgan de las almenas harapos, esos estandartes de la pobreza; porque este es el destino de todo palacio, con el tiempo; primero lo habitan los príncipes, luego los mendigos» (ibíd., p. 40).)

10. Esto es lo que destaca de los tres volúmenes publicados en 1805, 1807 y 1812 por Simón de Argote, gran admirador de la Francia de la Ilustración, *Los nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos*; el autor describe la Alhambra ampliamente, pero la juzga con severidad; en cambio, elogia la calidad estética del palacio de Carlos V, situado dentro de la Alhambra, pero de factura neoclásica.

11. «Es bueno recordar que el arte debe lo que queda de la Alhambra al mariscal Sebastiani, quien, mientras estaba al mando en Granada, reconstruyó respetuosamente el palacio de Boabdil, aseguró sus delicadas columnas, cimentó sus techos, curó sus heridas. Puede decirse, aunque no se quiera, pero son un pueblo inteligente y encantador, cuyos ejércitos ocupan así su tiempo de ocio» (Alexis de Valon, «L'Andalousie à vol 1527'oiseau», art. cit., p. 801). No fue el único caso. Varios historiadores han señalado el papel que el «rey intruso», José Bonaparte, y sus colaboradores habían desempeñado en la defensa del patrimonio nacional español; cf. en particular Joan Mercader Riba, *José Bonaparte, rey de España. 1808-1813. Estructura del Estado español bonapartista*, Madrid, 1983); Manuel Moreno Alonso, *José Bonaparte. Un rey republicano en el trono de España*, Madrid, 2008) y, del mismo autor, *Sevilla*, 1995). En Madrid, a José Bonaparte se le atribuye la creación de varias plazas destinadas a resaltar monumentos, como la plaza de Oriente para despejar el Palacio Real y el Teatro de la Ópera; en Burgos, el paseo del Espolón también data de la época de la ocupación francesa; en Sevilla, el mariscal Soutl planificó los espacios urbanos para asegurar la higiene y la limpieza de las calles; también en Sevilla, se opuso al uso de la fábrica de tabacos como alojamiento para las tropas y la acondicionó para recepciones...

12. «En la Alhambra había hace varios años un guarda que, por dinero, limpió los desvanes y rincones del recinto, vendiendo a los visitantes ingleses o cualquiera otros,

que pusieron de moda el palacio contribuyeron a su degradación. Pensemos, en particular, en Washington Irving que permaneció allí durante cuatro meses en 1826 y, sobre todo, en Richard Ford que, con el apoyo del capitán general de Granada¹³, se instaló allí, el 5 de junio de 1831, con su esposa Harriet, sus tres hijos y tres sirvientes; varios oficios —albañiles, carpinteros, pintores, fontaneros...— ¡trabajaron en derribar tabiques y levantar otros para crear salas de estar, dormitorios, cocinas, baños! ¡Podemos imaginarnos el estado en que debió quedar el palacio nazari después de semejante trato! Fue mucho más tarde, hacia 1860, cuando se empezaron a abrir hoteles para alojar turistas¹⁴.

restos que algún día hubieran podido volver a componerse o, al menos, servir de guía a los restauradores. Ya no se encuentran azulejos o fragmentos de ellos. Todo fue vendido antes de la llegada del señor Contreras» (Henri Regnault, *Correspondence*, París, 1873, p. 300; *n. d. t.*: seguimos la traducción de María Brey Mariño, *Viaje a España del pintor Henri Regnault (1868-1870). España en la vida y en la obra de un artista francés*, Madrid, 1964, pp. 91-92).

13. Este personaje se llamaba Joseph O'Lawlor (1768-1850); era de nacionalidad española, pero de origen irlandés. Durante la Guerra de Independencia (1808-1814) había servido a las órdenes del duque de Wellington, comandante en jefe de los ejércitos inglés y español. Calurosamente recomendado por Wellington, O'Lawlor fue nombrado, al final de la guerra, gobernador militar y luego capitán general de Granada. No tenía motivo para rechazar a Richard Ford, un súbdito británico protegido por Wellington. En noviembre de 1831, Ford y su esposa dejaron a sus hijos en Granada y fueron a visitar la región de Valencia, Cataluña y Aragón. A su regreso a la Alhambra, el 19 de noviembre, se sorprendieron al descubrir que el Patio de los Leones y el Salón de Embajadores estaban llenos de basura y desperdicios; los prisioneros que habían estado trabajando en la restauración del palacio habían acumulado los estropicios. En esas condiciones, Ford prefirió trasladarse a Sevilla. Él y su familia volvieron a residir en la Alhambra en el verano de 1833.

14. Esto es lo que se desprende de las cartas del pintor Henri Regnault: «Nos alojamos en un buen hotel (...), construido sobre el mismo terreno de la Alhambra y adosado a una de las murallas del castillo árabe. Este se encuentra a 300 o 400 metros más alto que la ciudad, aislado en medio de un oasis de álamos y olmos gigantescos siempre verdes (...), como en primavera, a causa de los arroyos de agua cristalina que caen en cascadas por todas partes, esparciendo deliciosa frescura. No bajamos nunca a la ciudad y ninguna distracción nos aparta de nuestro trabajo, ni nos fatiga. (...) Todos los días acudimos (...) a la divina Alhambra, donde las paredes son encaje de amatistas y rosas por la mañana, de diamante al mediodía, y de oro verde y cobre rojo al anochecer. Permanecemos allí hasta que la luna viene a vernos, y cuando (...) ha sumido en el sueño a las sombras de las hadas y los genios que cincelaron este palacio maravilloso, nos vamos a disgusto, volviendo a cada paso la cabeza, sin poder arrancar la mirada de estas columnas de mármol rosado, que toman a veces el color nacarado del sedoso cuerpo de una diosa y que son, al mismo

Granada era el objetivo del viaje a Andalucía. La Alhambra fascinaba a los visitantes; evocaba los fastos y las maravillas de Oriente. Todos sentían la sensación de estar en un lugar privilegiado de una extraordinaria belleza, y la imaginación amplificaba esa emoción. He aquí las impresiones del pintor Adolphe Desbarrolles cuando llegó a ella: «¿Qué ciudad de España se ve más favorecida por el clima? ¿Qué ciudad puede competir con ella en belleza? Aquí hay una admirable batalla entre el arte y la naturaleza. Sólo se pueden admirar más que maravillas de la arquitectura o la espléndida variedad del paisaje. Los prados, las fuentes efusivas, los bosques de naranjos y los bosques de robles oscuros fascinan la vista y pronto la mente se ve abrumada por todos los recuerdos de la historia que la piedra y el mármol reproducen a porfía». Pero Granada es ante todo la Alhambra. Escuchemos de nuevo a Desbarrolles: «Para nosotros, Granada era sobre todo la Alhambra. Fuimos allí inmediatamente después de nuestra llegada. (...) Habíamos visto en fin las maravillas de la Alhambra; era como una evocación de las *Mil y Una Noches*»¹⁵. En 1831, el marqués de Custine recurrió a la misma comparación: «Me acerco a Granada, uno de los lugares del mundo donde uno se transporta más a menudo en la imaginación. Granada, esta capital del pueblo de las *Mil y una Noches*...»¹⁶. «La Alhambra», escribe un poco más adelante, «es para mí la tierra prometida»¹⁷. Y de nuevo: «Granada, la Alhambra, eran para mí nombres del país de las hadas. El corazón me palpitaba como a Simbad el Marino, cerca de la isla imantada»¹⁸.

tiempo, nuestra desesperación y nuestra dicha» (22 de octubre de 1869, *Correspondence, op. cit.*, pp. 306 y 312; *n. d. t.*: seguimos la traducción de María Brey Mariño, *Viaje a España del pintor Henri Regnault, op. cit.*, pp. 87 y 93).

15. El pintor Adolphe Desbarrolles acompañó a Alejandro Dumas en su visita a España, en octubre-noviembre de 1846, con motivo de las «bodas españolas»: la de la reina Isabel II con su primo, el duque de Cádiz, Francisco de Asís, y la del duque de Montpensier, hijo del rey Luis Felipe, con la infanta Luisa Fernanda, hermana de la reina Isabel (cf. Adolphe Desbarrolles, *Deux artistes en Espagne*, París, s. d.).

16. Marqués de Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, París, 1838, trigo, IV, p. 8.

17. *Ibid.*, en p. 139

18. *Ibid.*, en p. 148.

Quizás más que Chateaubriand, fue Washington Irving (1783-1859) quien dio a conocer la Alhambra a los hombres de letras y al público culto. Este americano amante de la literatura era amigo de Lord Byron y, sobre todo, de Walter Scott: compartía sus gustos por la Edad Media, las costumbres de la caballería y las viejas leyendas. Miembro del cuerpo diplomático, Irving visitó España dos veces, la primera como agregado de la embajada, la segunda como embajador. El primer viaje fue el más largo e importante: llegó a Irún el 11 de febrero de 1826 y salió por Figueras el 23 de agosto de 1829. Esta estancia le dio tiempo para visitar Madrid y sus alrededores: La Granja, el Escorial, Toledo, Aranjuez.... Irving frecuentó asiduamente las bibliotecas, los museos, los salones (tertulias) ¡y también las corridas de toros! Fue admitido como miembro correspondiente de la Real Academia de Historia. El primero de marzo de 1828, partió hacia Andalucía y visitó Sevilla, Granada, la Alpujarra, Málaga, Ronda, Cádiz, donde conoció a la novelista Cecilia Böhl de Faber, alias Fernán Caballero. La Alhambra le fascinó. Los súbditos hispanomoros, dice, tuvieron un encanto especial debido a su espíritu caballeresco y a su color típico. En París, para mejorar su español, había leído las *Guerras Civiles* de Ginés Pérez de Hita, sobre las que volveremos a hablar; el libro relataba el fin de la dinastía nazarí de Granada. En Granada, mejoró sus conocimientos gracias a los libros y a los documentos conservados en la biblioteca de los jesuitas. Fue en Sevilla donde compuso una *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, escrita en inglés y traducida al castellano en 1833 por José García de Villalta, y luego un libro sobre la conquista de Granada¹⁹ y especialmente los *Cuentos de la Alhambra* (*Tales of the Alhambra*, 1832)²⁰, donde puso su talento de colorista al servicio de las leyendas locales. Estos cuentos

19. N. d. t.: *Crónica de la conquista de Granada*, traducida por Jorge W. Montgomery, 2 vols., Madrid, 1831; existe una traducción más reciente, con prólogo y notas, de Luis Báez Díaz, en un solo volumen: *Crónica de la conquista de Granada*. (Según el manuscrito de Fray Antonio Agápida, Granada, 1982.

20. N. d. t.: *Cuentos de la Alhambra*, traducción, prólogo y notas de Carlos Villareal, Granada, 2002.

conocieron un éxito internacional. Washington Irving no creó el mito de la Alhambra, pero le dio una resonancia universal; gracias a él, la Alhambra se convirtió en la ilustración por excelencia del romanticismo, del orientalismo y del exotismo. Sus compatriotas saludaron a Washington Irving como el primer hombre de letras americano que se hizo famoso en Europa.

En la época de Chateaubriand, Lord Byron, Washington Irving, muchos autores se interesaron por la España musulmana y los últimos días del emirato de Granada. Léon-François Hoffmann ha elaborado la lista de los franceses que cultivaron estos temas en la primera mitad del siglo XIX²¹. Esas cuestiones siguieron seduciendo al público francés durante más de un siglo, como lo demuestra, todavía en 1963, el éxito del poema en prosa de Aragón *Le Fou d'Elsa* y, más recientemente, en 2004, el libro de Jacques Attali *La Confrérie des Éveillés*²². *Le Fou d'Elsa* pone en escena, en el contexto de la caída de Granada en 1492 —fecha del primer viaje de Cristóbal Colón y de la expulsión de los judíos de España—, una sociedad andaluza en la que cristianos, musulmanes y judíos vivían en armonía. La novela de Jacques Attali, *La hermandad de los iluminados*, se basa en el mismo tema. La acción comienza en Córdoba, en el siglo XI. A punto de ser

21. Léon-François Hoffmann, *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 y 1850*, París, 1961. Citemos en particular a Thuring: *Don Pèdre et Zulima ou la Princesse de Grenade*, melodrama en tres actos (1802); Guibert de Pixérécourt (René): *Les Maures d'Espagne ou le Pouvoir de l'enfance*, melodrama en tres actos (1804); Joly (Étienne de): *Les Abencérages ou l'Étendar de Grenade*, ópera, música de Cherubini (1807); Barthélémy-Hadot (Marie-Adèle): *L'Amazone de Grenade*, melodrama en tres actos (1812); Duveyrier (Anne-Joseph) [conocido como Mélesville]: *Abenhamet ou les Deux Héros de Grenade*, melodrama (1815); Guibert de Pixérécourt (René): *Le Pavillon des fleurs ou les Pêcheurs de Grenade*, comedia en un acto y en prosa (1822); Albénas (Clémence-Isaure d'): *Boabdil ou les Abencérages* (1832); Collet (Louise): *L'Abencérage*, ópera en dos actos (1837); Gautier (Théophile) y Siraudin (Paul): *Un Voyage en Espagne*, vodevil en tres actos (1843). A estas piezas de autores franceses, hay que añadir una del español Martínez de La Rosa (Francisco) que, por entonces, estaba exiliado en París: *Aben-Humeya ou la Révolte des Maures sous Philippe II* [*Aben Humeya o la rebelión de los moriscos*] (1830), y el melodrama en tres actos: *Gonzalve de Cordoue ou le Siège de Grenade*, de Jacinto Dorvo, representada en el teatro de la Porte-Saint-Martin en 1806.

22. París, 2004. Traducción española de Beatriz Iglesias: *La hermandad de los iluminados*, Barcelona, 2007.

torturado y colgado, un artista judío revela a su sobrino la existencia de un libro perdido de Aristóteles, el libro más importante jamás escrito por un ser humano. Comienza entonces una búsqueda a través del sur de Europa —Córdoba, Toledo, Provenza— y Marruecos. Maimónides —ya que es él de quien se trata— conoce a un joven musulmán, Averroes, que persigue la misma búsqueda. Ambos admiran igualmente a Aristóteles. Son perseguidos por un grupo de fanáticos, decididos a frustrar sus planes y a superar cualquier intento de racionalizar el pensamiento: la hermandad de los iluminados.

A decir verdad, Aragón y Attali ya no siguen la temática de Chateaubriand y Washington Irving; lo que les interesa no es tanto el final del islam de España como un nuevo problema, nacido en el siglo xx y sobre el que volveremos: la España soñada del califato de Córdoba, en la que las tres religiones del Libro —judíos, cristianos y musulmanes— habrían vivido en buena armonía. La posteridad de Chateaubriand hay que buscarla más bien del lado de los autores románticos.

El romanticismo se manifestó en primer lugar como una reacción contra lo que hoy se llamaría el imperialismo cultural francés, es decir, la pretensión de Francia de marcar la pauta en lo que respecta al gusto literario, la tutela de que se arrogó en Europa y que aún exaltaba en 1783 el *Discours sur l'universalité de la langue française*. Grandes mentes, especialmente en Alemania, rechazaron admitir que el clasicismo francés tuviera un valor universal y debiera servir como modelo único. Sugirieron que cada nación tiene su propio genio y que sus producciones literarias son dignas de interés, aunque no respeten la regla de las tres unidades. En la *Dramaturgia de Hamburgo* (1767-1768), Lessing se propuso «liberar» el teatro alemán apoyándose en los autores ingleses, especialmente en Shakespeare. Herder (1744-1803) caminó en la misma dirección. Creía que cada pueblo tiene sus propias tradiciones y que el genio es siempre la expresión del alma del pueblo. Fue en este punto donde se apeló a España como refuerzo. Se rehabilitó la literatura injustamente despreciada con el pretexto de que no se ajustaba a los criterios estéticos franceses. Los romances sobre El Cid y los moros, los poemas de Góngora, el teatro de Lope de Vega

y Calderón se exaltaron en este sentido... A la imagen negra transmitida por la Ilustración (los monjes, la Inquisición y el fanatismo) empezó a oponerse otra visión: la de una España cristiana, menos intransigente de lo que se decía, y sobre todo la de una España árabe tolerante, caballeresca, deslumbrante.

Esa España es la que Víctor Hugo descubrió en el *Romancero General*, una colección de romances populares de tema épico, lírico o novelesco, en su mayoría anónimos, que tuvieron gran éxito en España desde finales de la Edad Media hasta el siglo XVII e incluso más allá. El *Romancero General* es una «verdadera *Iliada* de la caballería», escribió Victor Hugo. Se dice que Abel Hugo, el hermano del poeta, habría publicado en 1821 la primera traducción francesa²³. La *Légende des siècles*, *Ruy Blas*, *Hernani* toman prestados muchos de sus temas a estos romances españoles, pero el romanticismo de Victor Hugo cultivó sobre todo la moda de Oriente²⁴. Ahora bien, Oriente era también España²⁵. Así lo demuestra la recopilación de *Las Orientales* en el que no faltan los recuerdos del *Romancero General* y sus romances populares, ni las evocaciones de Granada²⁶ y de la Alhambra²⁷.

23. El *Romancero* era conocido en toda Europa. El romance sobre la conquista de Alhama, que fue el punto de partida de la última guerra de reconquista —«la que iba a llevar al final de la dominación árabe en España—, fue traducido por Lord Byron.

24. «En el siglo de Luis XIV, se era helenista, ahora se es orientalista», escribió en el prefacio de *Las orientales* (1829). «Oriente, sea como imagen, sea como pensamiento, ha venido a ser lo mismo para las inteligencias que para las imaginaciones, una especie de preocupación general a la que el autor de este libro ha obedecido tal vez sin darse cuenta de ello» (ibíd.); *n. d. t.*: traducción española: Victor Hugo, *Las Orientales*, traducción de D. F. Girbal Jaume, Barcelona, s. f., pp. 8-9.

25. «España es todavía el Oriente» (ibíd., p. 9).

26. «Sea próxima o lejana / española o sarracena / no hay una ciudad tan sólo / que a disputarse se atreva / con Granada, la bonita, / el premio de la belleza, / ni ninguna que despliegue / con más gracia y más risueña / más orientales destellos / bajo esfera más serena (*Las Orientales*, *op. cit.*, poema XXXI, Granada; *n. d. t.*: seguimos la traducción de Girbal, que recoge Andrés Soria, «La Alhambra de Victor Hugo», *Cuadernos de la Alhambra*, 2 (1965), p. 121).

27. «¡Oh! ¡La Alhambra! ¡La Alhambra! ¡Gran palacio! / que los genios doraron como sueño / de armonías llenándolo! / Fortaleza de almenas primorosas / en donde por la noche / se oyen mágicas sílabas / Cuando la luna entre mil arcos árabes / siembra de blancos tréboles los muros. / En Granada hay más hechizos / que granos rojizos tiene / la

Según Edward Saïd (1935-2003), el orientalismo nació a finales del siglo XVIII con la campaña egipcia de Bonaparte; en el siglo XIX, la expansión colonial de Francia e Inglaterra hacia el norte de África y el Cercano Oriente extendió un movimiento que pretendía justificar la dominación política y cultural de Occidente sobre Oriente depreciando sistemáticamente el islam y los pueblos árabes²⁸. Según esta tesis, Oriente fue un invento de Occidente. De hecho, uno de los primeros monumentos de ese Oriente imaginario, *Las Mil y Una Noches*, data de 1704; se debió a un erudito francés, Antoine Galland, nacido en 1646, que dominaba el latín, el griego, así como el hebreo y el árabe. Galland viajó; pasó cinco años en Turquía entre 1670 y 1675, y luego regresó en 1679 para permanecer nueve años. De vuelta en París, continuó teniendo relaciones intelectuales con el Oriente. Fue así como adquirió una colección de cuentos de origen persa. Los tradujo al francés; son *Las Mil y Una Noches* a las que añadió otras historias, como la de Simbad el Marino y Alí Baba. *Las Mil y Una Noches* siguieron deleitando a los lectores del siglo XIX, pero es verdad que, desde la campaña de Egipto y el desembarco en Argel (1830), Oriente adquirió un nuevo rostro, el de África.

Desde entonces, para los románticos, España no fue sino el vestíbulo de Oriente. El auténtico Oriente, pensaban, se encontraba más allá del Estrecho de Gibraltar, en el norte de África; era allí donde había buscarlo²⁹. Nada lo demuestra mejor que la exposición «El orientalismo en Europa de Delacroix a Matisse» (Marsella,

fruta que hay en los valles. / Granada, la fiel creyente» (*Las Orientales*, op. cit., p. 214; n. d. t.: traducción recogida asimismo en Andrés Soria, «La Alhambra...», art. cit., pp. 123-124).

28. La primera edición inglesa de *Orientalism* se publicó en 1978; n. d. t.: traducción española de M.^a Luisa Fuentes, con una presentación de Juan Goytisolo: *Orientalismo*, Barcelona, 2002 (segunda edición 2008).

29. Eso fue lo que hizo, por ejemplo, el pintor Eugene Fromentin, que estuvo muy influenciado por Eugene Delacroix. En 1846 realizó su primer viaje a Argelia. Obtuvo materia para dos cuadros que envió al Salón de 1847: *Mosquée près d'Alger* y *Les Gorges de la Chiffa*, luego para otros expuestos en el Salón de 1849 —incluyendo una segunda versión de las *Femmes d'Alger*— y finalmente para once en el Salón de 1850. Fromentin era también un hombre de letras; de ahí sus relatos: *Un été dans le Sahara*, que apareció en la *Revue de Paris* de junio a diciembre de 1854, después *Une année dans le Sahara*, publicado por primera vez por *L'Artiste* en 1857, titulando su primera parte «Alger, fragments d'un

2011)³⁰. Lo que llama la atención es la fascinación que sobre los artistas ejerció Oriente con la fantasía del harén: escenas que representan odaliscas —a menudo en el baño, lo que justifica que estén desnudas—, esclavos negros, eunucos³¹. En segundo y tercer lugar están las ciudades blancas y soleadas y los paisajes luminosos del desierto³². Sin embargo, de los más de ciento veinte libros expuestos, muy pocos —menos de diez— describen a España³³. Por supuesto, la Alhambra sirve como telón de fondo para muchas de estas pinturas, pero la mayoría de las veces era África y el propio Oriente lo que atraía a los artistas: España era sólo un punto de partida. El caso de Henri Regnault (1843-1871) parece significativo. Ganador del Premio de Roma 1866, fue el primero de los laureados en negarse a pasar los tres años obligatorios en la Villa Médicis; prefirió visitar España y el norte de África. La región de Alicante lo sedujo porque pensó que estaba en África o Egipto³⁴. La Alhambra le impresionó mucho; es el telón de fondo de un famoso cuadro, la *Execution sans jugement sous les rois maures de Grenade*. Sin embargo, España no lo retuvo mucho tiempo. «Sueño con un viaje a Marruecos», escribió a su padre el 17 de octubre de 1869, es de suma necesidad que vaya allí³⁵. Finalmente marchó a Marruecos en diciembre de 1869 con

journal de voyage». La *Revue des Deux Mondes* reanudó su publicación de noviembre a diciembre de 1858 con el título de *Une année dans le Sahel, journal d'un absent*.

30. La exposición había sido presentada anteriormente en Bruselas (2010) y Múnich (2011).

31. Ingres nunca viajó a Oriente, pero eso no le impidió tratar el tema varias veces, desde su *Grande Odalisque* de 1814 hasta el *Bain turc*, pintado al final de su vida.

32. Estos son los temas que el novelista Eugene Fromentin abordó, en forma literaria: *Un été dans le Sahara* (1854), *Une année dans le Sahara* (1859).

33. Podemos citar, por ejemplo, el *San [sic: por Santo] Cristo de la Luz, ancienne mosquée à Tolède*, de Friedrich Gärtner (1848), le *Patio à l'Alhambra* de Zo (hacia 1850), *Un Espagnol* de Henri Regnault (1863), el *Palier des exécutions à l'Alhambra de Grenade* de Marie-Félix Edmond Boislecointe (1878)...

34. «¡Este país es magnífico —escribió en su correspondencia—, es África, Egipto. Tierras áridas de una forma y color maravillosos, luz deslumbrante, siluetas de montaña de un estilo grandioso y salvaje, palmeras, chumberas, higueras!».

35. «He aquí en pocas palabras las razones de por qué estoy haciendo esto —prosigue—. 1.º Quiero estudiar los tipos que se han conservado bastante bien, ya que después de la conquista de Granada, los moros se refugiaron allí en su mayor parte. 2.º Ver el palacio

su amigo Georges Clairin y se estableció en Tánger. España y la Alhambra eran para él, como para otros muchos, la encrucijada de los dos mundos, una introducción al Oriente fabuloso.

El ejemplo más caricaturesco de esa España antecámara de Oriente se ofreció al público francés en la Exposición Universal de París en 1900. Los españoles no querían oír hablar de un pabellón que presentara los peores clichés sobre Andalucía; temían con razón una «españolada». Pero los franceses tenían empeño en ello. Cuando los españoles se negaron, crearon una sociedad anónima que financió un pabellón titulado Andalucía en la época de los moros. Las decoraciones eran Granada, Córdoba y Sevilla. Se reconstruyeron el Alcázar, la Giralda —donde podía montarse en burro— y la Alhambra. Por supuesto, había toreros, bandoleros y gitanos que cantaban flamenco y bailaban zambras. ¡El colmo del ridículo fue el póster con el encantador de serpientes! Los organizadores habían confundido Sevilla con Marrakech³⁶ ...

Desde luego era incongruente hacer creer a los visitantes de la Exposición de 1900 que Sevilla y Marrakech eran la misma cosa. Unos veinte años más tarde, desde otra perspectiva muy diferente, dos jóvenes consejeros del mariscal Lyautey, mariscal de Francia en Marruecos, recuperaron y desarrollaron la misma idea: el arabista Évariste Lévi-Provençal (1894-1956) y el historiador Henri Terrasse (1895-1971). El primero fue nombrado, desde 1920, profesor del Institut des Hautes Études Marocaines de Rabat³⁷. El segundo, agregado de historia en 1920, se convirtió en 1923 en director de estudios de arqueología y arte musulmán en el Institut des Hautes

de Fez, palacio de invierno y de verano, construido casi en el mismo estilo y plano que la Alhambra (...). 3.º Ver las armas, los caballos, las telas, las alfombras, los perros, etc., etc., los usos, etc., etc.».

36. Cf. José Antonio González Alcantud, *El mito de al-Andalus*, Córdoba, 2014; Luis Sazatornil Ruiz y Ana Belén Lasheras Peña, «Casticismo y estereotipos nacionales en las exposiciones universales (1855-1900)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 35/2 (2005), pp. 265-290.

37. Más tarde fue nombrado profesor en la Universidad de Argel. Despedido por el régimen de Vichy, volvió a la enseñanza superior en 1945 y terminó su carrera como catedrático en la Sorbona y director del Institut d'Études Islamiques de la Universidad de París.

Études Marocaines³⁸. Ambos retomaron, después de Georges Marçais (1876-1962), el concepto de Occidente musulmán, un espacio que abarca las dos orillas del Mediterráneo, que no solo incluía al Magreb, sino también a España y Sicilia. En el siglo VIII, al-Andalus rompió con el califato de Damasco y se proclamó autónomo; unos siglos más tarde, los almorávides y almohades, procedentes de Marruecos, se convirtieron en dueños de la España musulmana, estableciéndose así, desde Marrakech hasta Toledo, una comunidad original que poseía unidad política, religiosa y cultural; la Kutubía de Marrakech, la torre Hassan de Rabat y la Giralda de Sevilla son muy similares; esto no es sorprendente; los tres monumentos fueron construidos en la misma época y según los mismos cánones arquitectónicos, lo que, después de Terrasse, se llamaría arte hispanomusulmán³⁹. Fueron estas ideas las que dieron a conocer los grandes libros de estos maestros: *L'Espagne musulmane au x^e siècle* de Lévi-Provençal⁴⁰ y *L'Art hispano-mauresque des origines au XIII^e siècle* de Henri Terrasse⁴¹.

Lévi-Provençal y Terrasse sostenían la idea de que existían vínculos profundos entre España y Marruecos. Esa era la intuición de Lyautey, quien, desde 1919, había decidido que el protectorado participaría en la financiación y el funcionamiento de la futura

38. En 1935 fue nombrado jefe del Servicio de Monumentos Históricos de Marruecos. En 1941, se convirtió en director del Institut des Hautes Études Marocaines. En 1945, sucedió a Georges Marçais en la cátedra de arqueología musulmana de la Facultad de Letras de Argel. Finalmente, en 1957, en Madrid, se convirtió en director de la Casa de Velázquez.

39. En el siglo XVI, tras la caída de Granada, Marruecos conservó su independencia del Imperio otomano, mientras que Argelia y Túnez quedaron bajo la influencia política de este último.

40. París, 1932. Una segunda edición fue publicada en París en 1950; *n. d. t.*: a esta obra hay que añadir su *Histoire de l'Espagne musulmane*, 3 vol., París, 1950 (segunda edición: 2000), que fue traducida al español por Emilio García Gómez: *España musulmana: hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, tomo IV de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, 1957, y *España musulmana: hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*. *Instituciones y vida social e intelectual*, tomo V de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, 1957.

41. Publicaciones del Institut des Hautes Études Marocaines, t. XXV, París, 1933. Esta es la primera edición publicada en el mismo año. Hay que añadir otro gran libro de Terrasse, *Islam d'Espagne. Une rencontre de l'Orient et de l'Occident*, París, 1958.

Casa de Velázquez, el centro cultural que Francia proyectaba crear en la Ciudad Universitaria de Madrid para albergar a los artistas de la Académie des Beaux Arts y a los investigadores de la École des Hautes Études Hispaniques; en definitiva, la Villa Médicis y la École de Rome reunidas bajo un mismo techo⁴². Y así fue cómo, al margen de los españoles, el protectorado francés se presentó en los años 20 como el heredero cultural de la España musulmana: Fez tomó el relevo de Sevilla, Toledo y Granada⁴³ ... ¿Acaso fue por casualidad que la Casa de Velázquez, destruida en noviembre de 1936, se retirara a Fez durante la Guerra Civil española? ¿Acaso se debió al azar que, en 1957, la Casa reconstruida acogiera a su nuevo director, que no fue otro que Henri Terrasse? Para decirlo con las palabras de Edward Saïd, el Marruecos de Lyautey fue una colonización sin orientalismo.

LA MAUROFILIA

Los españoles no esperaron a que Chateaubriand y Lord Byron sucumbieran al hechizo de la Alhambra. Lo imaginaban desde el siglo xv y fue en España donde nació el género literario que llamamos maurofilia, es decir, el gusto por los temas morunos cultivados sin interrupción hasta el siglo xix en todas sus formas: romances populares, poemas eruditos, cuentos y novelas, teatro... Desde España, el género pasó a Francia, donde hizo las delicias en los salones mucho antes de que los románticos franceses e ingleses —que, además, lo conocían perfectamente— se apoderaran de él con el éxito que ya conocemos⁴⁴.

42. En 1919, «el director general de Educación del Protectorado de Marruecos hizo saber que, por orden del general Lyautey, se concedían 25.000 francos a la Casa de Velázquez, a los que se añadiría un pago anual de 10.000 francos para gastos de funcionamiento y becas» (Jean-Marc Delaunay, *Des palais en Espagne*, Madrid, 1994).

43. «¡Respetad a Fez! —recomendó Lyautey a los urbanistas—, no toquéis la medina; los establecimientos modernos deben situarse en las afueras de la ciudad vieja...» (Lyautey, 1994). Cf. José A. González Alcantud, *El mito de al-Andalus*, op. cit., pp. 185-186.

44. Sobre la maurofilia, véase la serie de artículos publicados por Georges Cirot en el *Bulletin Hispanique* a partir de 1938 con el título: *La Maurophilie littéraire en Espagne au xv^e siècle*.

¿Cuándo empezó esta moda? Probablemente a principios del siglo xv, en la época en que la Reconquista se había ralentizado. El emirato de Granada pagaba tributo a Castilla; los dos Estados ya no guerreaban entre sí, aunque eso no impedía que los caballeros nazaríes hicieran incursiones en territorio cristiano y que los caballeros cristianos hicieran lo mismo en territorio musulmán; ambos buscaban botín, esclavos, mujeres y, sobre todo, aventuras; rivalizaban en heroísmo, generosidad y galantería. Fue así cómo nacieron los romances fronterizos que hablan de moros y cristianos. Algunos de ellos son simplemente novelescos. Dos de ellos —las morillas de Jaén y la historia de Don Bueso— gustaban particularmente a Federico García Lorca, hasta el punto de que los incluyó en sus diez canciones populares favoritas. El primero evoca a Aixa, Fátima y Marién que van a recoger aceitunas y no encuentran ninguna: alguien había llegado antes que ellas; eran en realidad cautivos cristianos⁴⁵. El segundo relata la aventura de Don Bueso, que una hermosa mañana salió a buscar amiga a tierra de moros; se detiene en una fuente donde una joven lava la ropa:

Camina Don Bueso
 mañanita fría
 a tierra de moros
 a buscar amiga;
 hallóla lavando
 en la fuente fría:
 — ¿Qué haces ahí, mora, hija de judía?
 — Deja mi caballo beber agua fría.
 — Reviente el caballo y quien lo traía,
 que yo no soy mora ni hija de judía.
 Soy una cristiana que aquí estoy cativa.

45. «Tres moricas me enamoran en Jaén: / Aixa, Fátima y Marién. / Tres moricas tan garridas; / iban a coger olivas, / y hallábanlas cogidas en Jaén / Aixa, Fátima y Marién. [...] / Díjeles: ¿Quién sois, / señoras, de mi vida robadoras? / Cristianas, que éramos moras en Jaén /, Aixa, Fátima y Marién».

Don Bueso descubre entonces que esta joven no es otra cosa que su propia hermana, que había sido secuestrada diez años antes⁴⁶.

Otros romances tienen como tema el deseo de los cristianos de tomar Granada. En uno de ellos, *Abenámar*, un auténtico moro —«moro de la morería»— describe al rey Juan II de Castilla, padre de la futura Isabel la Católica, que contempla la ciudad desde lo alto de una colina cercana, los principales monumentos: la Alhambra, la mezquita, el Generalife... Asombrado, el rey dice que está dispuesto a casarse con Granada y a dar a cambio Córdoba y Sevilla, pero Granada no estaba viuda; quería permanecer fiel a su marido moro⁴⁷. Otra canción evoca el dolor del emir que acaba de enterarse, en 1482, de que la ciudad de Alhama ha sido conquistada por los cristianos. Este romance es uno de los más populares; fue traducido por Lord Byron y Mérimée⁴⁸. En la propia España no ha cesado de manifestarse el éxito de estos temas, como demuestran las fiestas que, en varias provincias, recuerdan las guerras del pasado. En 1542, acompañado por el futuro Felipe II, Carlos V, en su camino hacia Monzón donde se celebrarían las Cortes de Aragón, visitó Zaragoza, Lérida, Tarragona, Cervera, Barcelona y Valencia. Todas aquellas visitas dieron lugar a la organización de fiestas populares, que incluyeron batallas entre moros y cristianos, vestigio de un pasado glorioso. Ya en el siglo XIX, el día de la fiesta de la Toma de Granada (*La Toma*, 2 de enero de 1492), se representaron obras de teatro sobre estos temas, como la hazaña del caballero Pérez del Pulgar que, en 1490, fue a clavar un *Ave María* en la puerta de la gran mezquita: *El Triunfo del Ave María*. Charles Davillier, que

46. El romance es probablemente de origen extranjero, pues Bueso no es un nombre común en España. Tiene mucho en común con la leyenda germánica de Gudrun, la virgen casta. Fue encontrado en Asturias en el siglo XIX y publicado en 1859 en el *Romancero general* de Agustín Durán (t. X de la Biblioteca de Autores Españoles). Cf. Ramón Menéndez Pidal, «Los romances de Don Bueso», *Bulletin hispanique*, 50 (1948), pp. 305-312.

47. «Si tú quisieras, Granada, / contigo me casaría; / daréte en arras y dote / a Córdoba y a Sevilla. / —Casada soy, rey don Juan, / casada soy, que no viuda; / el moro que a mí me tiene / muy grande bien me quería».

48. «Paseábase el rey moro / por la ciudad de Granada (...). / Cartas le fueron venidas / cómo Alhama era ganada. / ¡Ay de mi Alhama!».